

EL INDIO AMERICANO EN LA FILOSOFIA POLITICA DE JOHN LOCKE

POR

FRANCISCO CASTILLA URBANO

Departamento de Historia de América
Centro de Estudios Históricos. CSIC

1. LA VIDA DE LOCKE Y SUS RELACIONES CON AMÉRICA

Los estudiosos de la obra de John Locke no han prestado casi ninguna atención a las referencias de América y la literatura de viajes localizables en sus obras. Sin embargo, tanto el número de éstas como la importancia que poseen, en algunos casos, para una correcta interpretación del pensamiento del autor inglés, así como para la valoración de sus aportaciones, nos permiten suponer que no se debe mantener esta postura.

Basta hacer mención de algunos acontecimientos biográficos para demostrar que la relación de Locke con el mundo no europeo, a pesar de que nunca salió de Europa, no fue en absoluto fruto de la casualidad. No obstante, poco dicen al respecto los biógrafos de la época inmediatamente posterior a su muerte: la biografía de Le Clerc, «The Life and Character of Mr. John Locke» (1689 y 1713; 1705) (1), no se ocupa de las influencias que la obra de Locke pudo haber recibido. En esta línea se mantienen las posteriores, la de P. Coste, «The Character of Mr. Locke», publicada poco después de la muerte del autor inglés y añadida como prefacio a la edición de sus obras realizada por Des Maizeaux (1719), y la de 1823, «The Life of the Autor», que encabeza el volumen I de la edición de sus

(1) La traducción inglesa de esta biografía —por T. F. P. Gent— fue incluida por Mary WHITON CALKINS en su edición abreviada del *Essay Concerning Human Understanding* (Books II and IV, with omissions) de Locke. Leipzig. Félix Mainer, 1913, pág. IX-LIII. Las fechas figuran señaladas, respectivamente, en [2], I, pág. IV, y en [3], pág. LIII.

obras (2). Sin embargo, todas ellas coinciden en destacar sus empleos públicos relacionados con el comercio y las plantaciones de las colonias, durante varios períodos de su vida.

Hay que acudir a uno de los grandes estudiosos de Locke en el pasado siglo para conocer mejor sus influencias y lecturas: es Fraser quien reconoce las influencias, vía lecturas, de Hobbes, Gassendi y Descartes; pero estas lecturas, por otra parte propias de un estudiante de su época, no tienen relación directa con lo que venimos afirmando. Como reconoce Fraser, Locke «nunca fue un gran lector, al menos de libros filosóficos» (3), a pesar de lo cual sabemos que sus intereses fueron múltiples, como demuestran sus relaciones con médicos y científicos de los más célebres de su época. Es ilustrativo el hecho de que durante su estancia en Francia (1675-1679) se relacionara con «físicos, naturalistas, juristas y viajeros; no mucho, o en absoluto, con metafísicos» (4). Entre sus amistades de este momento destaca Bernier, autor de un resumen de la filosofía de Gassendi, pero a la vez un consumado viajero, el mismo François Bernier que

era también orientalista y, por raro que resulte, todas las referencias de Locke a éste en su diario se refieren al conocimiento que Bernier tenía de Oriente; ninguna a Gassendi o, en absoluto, a alguna cuestión filosófica. Bernier, el autor de algunos libros de viaje, estimuló en Locke un interés por la literatura de viaje que conservó toda su vida (5).

Este interés por los relatos que narraban formas de vida e historias de pueblos desconocidos pocos años antes no constituye un pasatiempo para Locke. Hemos hecho breve mención de sus empleos al servicio de la corona inglesa: no fueron los únicos que mantuvieron al filósofo inglés en relación con los problemas del Nuevo Mundo, ni carecieron de importancia. Desde esta perspec-

(2) *The Works of John Locke*, 10 vols., Aalen (Alemania). Scientia Verlag, 1963 —reimpresión de la edición de 1823—. La biografía de P. COSTE en vol. X, págs. 161-174, y la segunda ocupa las págs. XXIII-XL del vol. I.

(3) A. C. FRASER: edición de *An Essay Concerning Human Understanding* de J. LOCKE, cotejada y anotada, con prolegómenos biográfico, crítico e histórico. New York, Dover Publications, 1959 —reimpresión de la edición de 1894—, pág. XX, el subrayado es nuestro.

(4) [3], pág. XXVIII. Sobre la relación de Locke con la medicina y sus posibles consecuencias, véase F. DUCHESNAU, *L'empirisme de Locke*. La Haye, Martinus Nijhoff, 1973. Locke muestra su admiración por Boyle, Sydenham, Huygens y Newton al principio del *Ensayo sobre el entendimiento humano*. [3], pág. 14.

(5) M. CRANSTON: *John Locke, a biography*. London, Longmans, Green and Co., 1957, pág. 170. Se trata de la mejor biografía de Locke que existe actualmente y ha sido reeditada en paperback en 1985.

tiva, la información que pudieran proporcionarle los relatos sobre otros países adquiriría un valor de primera magnitud.

Desde 1666 Locke se convierte en el hombre de confianza de Lord Ashley, poco después Earl of Shaftesbury, que llegaría a ser Canciller de Inglaterra durante una de las épocas más turbulentas de su historia. Las posibilidades de enriquecimiento que ofrecían las colonias no pasaron desapercibidas a este personaje que, junto con otros propietarios de su mismo rango, había conseguido la cesión por parte del monarca inglés de la provincia de Carolina. Su responsabilidad respecto a estos territorios les obligaba a disponer de un adecuado marco jurídico desde el que encuadrar su dominio. Locke fue nombrado secretario de los Lords propietarios y responsable de establecer una constitución para el nuevo territorio. Aunque los servicios de Locke han sido exagerados por algunos de sus biógrafos (6), la mayor parte de ellos no se han pronunciado (Le Clerc, P. Coste, Fraser), o han negado que Locke escribiera esta obra (Cranston). En general, puede admitirse que «The Fundamental Constitutions of Carolina» es obra de Lord Shaftesbury, aunque con la ayuda de Locke (7). Los servicios de Locke a los Lords propietarios fueron numerosos hasta 1675; asistiendo a sus reuniones en calidad de secretario fue recompensado con una propiedad de tierra en la colonia, de la que nunca llegó a sacar provecho debido a la impopularidad de los nobles propietarios entre los pobladores de Carolina.

Con el ascenso político de Shaftesbury, Locke se ve impulsado hacia nuevos cargos de importancia, la mayor parte de ellos en relación con el mundo colonial. El rey hizo a Shaftesbury Presidente del Consejo de Comercio y Plantaciones, un cargo que el propio Lord Ashley se encargó de revitalizar al unir en un mismo consejo los dos elementos que con anterioridad no se consideraban inseparables: el comercio y las colonias. En un primer momento, Locke ocupa un cargo secundario, al margen del citado Consejo, pero con posterioridad Locke se hace cargo del puesto de Secretario del mismo, tras la caída de Benjamín Worsley, su antecesor.

La misión de Locke en este cargo necesitaba ser la de un coordinador capaz de eliminar los obstáculos que impidieran el desarro-

(6) Algunos han atribuido a Locke la autoría de "The Fundamental Constitutions of Carolina", remontándose el error a la edición de Des Maizeaux (1719-1720) de sus *Works*. M. SELIGER, *The liberal politics of John Locke*, F. A. Praeger, Publishers, 1968. N. York atribuye todavía su autoría a Locke.

(7) R. L. COLIE: "Locke, John", *Enciclopedia Internacional de Ciencias Sociales*, tomo 6. Madrid, Aguilar, 1974, pág. 684. La influencia de Locke parece evidente en los artículos relacionados con la tolerancia religiosa (con prohibición expresa de los ateos).

llo del comercio inglés. Se trataba de, mediante un adecuado control de las colonias, vender los productos ingleses en estos mercados a cambio de materias primas y productos agrícolas. El crecimiento del comercio se encontraba garantizado por una amplia flota. Necesariamente Locke tuvo que continuar leyendo abundante información sobre aquellas tierras, acumulando datos que le permitieran realizar su labor de Secretario del Consejo con las debidas garantías. Nuestro autor llegó incluso a invertir parte de su dinero en una compañía de comercio con las Bahamas, que el rey había cedido en 1670 a los Lords propietarios de Carolina (8). Con la caída de Shaftesbury, Locke pierde su cargo de Secretario en el Consejo e inicia poco después su conocido viaje a Francia.

Así pues, cuando conoce a Bernier en París, Locke tenía un conocimiento de primera mano, y experiencia práctica, en los asuntos coloniales. En absoluto le era extraña la literatura de viaje, por lo que necesariamente atraería su atención un viajero del lejano Oriente como era Bernier.

Exiliado en Holanda tras la definitiva caída en desgracia de su protector, Locke se dispone a regresar a Inglaterra después del triunfo de la revolución de 1688. Sus publicaciones han comenzado a aparecer; el resumen del *Ensayo* en la «Bibliothèque Universelle» de Le Clerc le ha proporcionado fama y reconocimiento en toda Europa. A partir de su llegada a Londres comienzan a aparecer sus obras y las reediciones y traducciones no se hacen esperar. Locke es un hombre célebre y Guillermo de Orange, nuevo monarca, desea aprovechar sus conocimientos y experiencias. Locke, enfermo y en contra de su propia salud, acepta ser Consejero de Comercio en Londres, una ciudad que no era el lugar más adecuado para su asma.

En el Consejo de Comercio (*Board of Trade*), Locke revive los días pasados en el Consejo de Comercio y Plantaciones (*Council of Trade and Plantations*); su influencia crece y, desde su cargo, la utiliza para controlar la información de las diversas colonias, apoyando el nombramiento de Comisionados acordes con su gusto (9). Por fin, en 1700, coincidiendo con la llegada al poder de antiguos enemigos, Locke se retira de su importante puesto: se encuentra al final de su vida y la enfermedad le acosa.

(8) [5], pág. 155.

(9) [5], cap. 25.

2. LA «HISTORIA DE LA NAVEGACIÓN» Y LA AUTORÍA DE LOCKE

Con su muerte en 1704 comienzan las discusiones sobre sus obras. Al margen de las opiniones sobre «The Fundamental Constitutions of Carolina», una de las obras atribuidas a Locke y que mayor relación puede tener con el tema que comentamos es su «Introductory Discourse to Churchill's Collection of Voyages, containing the whole History of Navigation from its Original to that Time, (A. D. 1704) with a Catalogue and Character of most Books of Travels». Se trata de una obra incluida en el volumen 10 de sus *Works* (10). Podría afirmarse que la polémica sobre su autoría viene de la fecha de esta edición (1812 y 1823), pues la biografía de Locke por Le Clerc no hace referencia a esta obra, y la de Pierre Coste afirma no saberlo, aunque sin citar expresamente este trabajo, como el anterior.

El «Prefacio» del editor a las *Works* de Locke se expresa como sigue respecto a su autoría:

Se dice comunmente que estos viajes han sido publicados bajo su dirección. Fueron presentados por él a la Universidad de Oxford [v. *Collier's Dict.*]. Es bastante evidente que estaba bien instruido en tales autores, dado el buen uso que hizo de ellos en sus ensayos; y el discurso introductorio no le es, de ninguna manera, impropio (11).

Esta atribución, envuelta en una precavida actitud, es mantenida por Fraser, que se manifiesta así:

Otros escritos, muy en armonía con el gusto y estudios de Locke, pero no suficientemente confirmados, han sido publicados bajo su nombre, en particular: —(I) *An Introductory Discourse to Churchill's Collection of Voyages* (1704)— algunos pasajes en el *Ensayo* y en otras partes muestran su afición por los libros de viajes (12).

Hay que esperar a la biografía de Maurice Cranston para que se niegue abiertamente la autoría de Locke, pero no su posible contribución:

Este mismo noviembre Awnsham Churchill envió a Locke dos libros en los que el filósofo estaba particularmente interesado...

La otra obra que Locke recibió fue la *Collection of Voyages* de los Churchill en cuatro gruesos volúmenes en folio. Era una anto-

(10) [2], vol. X, págs. 357-564.

(11) [2], vol. 1, pág. V. Las palabras entre corchetes proceden del original.

(12) [3], págs. LII-LIII.

logía de crónicas de viaje, de la clase que Locke había coleccionado y leído con interés durante algunos años. Incluso pudo haber sugerido la idea de tal libro a Awnsham Churchill; ayudó a Churchill a encontrar contribuciones para él, pero no dirigió el libro ni escribió el ensayo introductorio, como algunos historiadores han sugerido. Awnsham Churchill miró el libro —una valiente aventura editorial— como algo muy personal (13).

Realmente, Cranston no aduce en favor de su opinión ninguna prueba. Cita al pie del texto anterior una carta de Awnsham Churchill a Locke (17-11-1703) en la que recoge la siguiente frase. «Ahora mismo estoy muy ocupado editando mi colección de viajes.» Si esta frase puede probar algo en boca de un editor prestigioso como era A. Churchill (el negocio editorial era de los hermanos A. y J. Churchill), debería ser una prueba definitiva. Pero lo que se desprende de las palabras anteriores puede ser tanto una atribución de la publicación como de la edición.

Hay, sin embargo, indicios que permiten afirmar que Locke tuvo un protagonismo de primer orden en la colección de viajes. Por supuesto, está el hecho de su conocimiento de la literatura de viajes a la que fue aficionado durante buena parte de su vida. En segundo lugar, salvo que existan pruebas en contrario, y Cranston no las da, se encuentra la propia atribución de la autoría de la *Introducción* a la colección de viajes en una obra publicada al final, pero en vida de Locke. En tercer lugar, la base de *The whole History of Navigation* se encuentra en las obras de A. Herrera, Hackluyt y Purchas, más algunas citas de Thevenot; con excepción de la obra del español todas ellas se encuentran recomendadas en *Some Thoughts concerning Reading and Study for a Gentleman*, cuya autenticidad no se discute y que nos proporciona un pequeño catálogo de las preferencias literarias de Locke: en lo que respecta a relatos de viajes, además de los citados, Locke recomienda los viajes de Ramuzio (*sic*), en italiano; Sandys, Roe, Brown, Gage y Dampier, ingleses; franceses como Pyrard, Bergeron, Sagard, Bernier, etc., y finalmente afirma:

Actualmente hay una excelente Colección de viajes por mar y por tierra, nunca impresa en inglés, y que está agotada, ahora impresa por Mr. Churchill (14).

(13) [5], pág. 463. En la línea de negar la autoría a J. Locke, M. DUCHET, *Antropología e historia en el siglo de las Luces*. México, Siglo XXI, 1975, pág. 62, nota, afirma que el John Locke autor de la *Histoire de la navigation* "nada tiene que ver con su célebre homónimo", sin proporcionar prueba alguna.

(14) [2], vol. III, pág. 298. Se trata de una obra póstuma, incluida en la edición de 1720 (Des Maizeaux).

Existe, por último, un indicio que demuestra la relación de Locke con la literatura de viaje hasta los últimos años de su vida: la cuarta edición del *Ensayo* se produce en 1700, y poco después de ésta aparece la versión francesa, traducida por Coste. En ambas se introducen numerosas adiciones, perceptibles en la excelente edición del *Ensayo* realizada por Fraser. Dentro de los cambios y nuevos capítulos, las relaciones de viaje añadidas por Locke son numerosas: Martinière; Terry, *Voyage to the Mogul*; Ovington, *Voyage to Surat*; La Loubère, *Du Royaume de Siam*, en la cuarta edición inglesa y Navarrete en la versión francesa de Coste.

Que Locke leyera este tipo de obras hasta el final de sus días no prueba que participara en su publicación, pero las coincidencias parecen demasiado numerosas. De hecho, los autores que Locke cita en el *Ensayo* están en su mayor parte en la colección de Churchill. Por sólo recordar algunos, la peripecia de Navarrete en China se encuentra recogida en el primer volumen de los cuatro que componen la colección, junto con los viajes por Egipto, Arabia y Palestina de Baumgarten, y los de Roe por Asia. Nicolás de Techo y sus narraciones sobre América del Sur aparecen en el cuarto volumen. Además, todos los citados aparecen comentados en la *Introducción* a los viajes de Churchill; la posibilidad de que Locke tuviera bastante protagonismo en la edición de Churchill no debe ser en absoluto descartada.

Sin embargo, mostrar la relación de Locke con América a través de los cargos privados y oficiales que desempeñó durante su vida no puede ser una prueba definitiva de la influencia del Nuevo Mundo en su pensamiento. La misma utilización de la literatura de viaje podría ser negada como prueba concluyente en base a la extraordinaria difusión de este tipo de obras en la Europa de su tiempo. No obstante, podría aducirse que, cuando se citan tantas relaciones en un mismo libro, éstas se consideran relevantes para la argumentación que se desarrolla en el mismo, con lo que sería difícilmente aceptable recurrir a la popularidad de una serie de obras de una época para explicar su citación en un libro. En el caso de Locke, además de estos argumentos, demostraremos a continuación que la estructura interna de sus dos obras principales puede ser mejor entendida si se tiene presente el impacto de América en el pensamiento de la época.

3. LOS TIEMPOS PRIMITIVOS O CUANDO TODO EL MUNDO ERA COMO AMÉRICA

Las interpretaciones de la teoría política de Locke han sido tan dispares que algunos autores se han visto obligados a estudiar el fundamento de las mismas para criticar la validez de sus conclusiones (15). Es difícil, a pesar de estas divergencias, encontrar un estudio que se ocupe de poner en relación la obra del filósofo inglés con América, intentando explicar sus teorías en base a la novedad que el Nuevo Mundo suponía. No obstante, la importancia de esta influencia no es poca.

La teoría política de Locke encuentra su expresión en los *Two Treatises on Civil Government*. En el primero de ellos Locke critica la teoría del poder patriarcal defendida por Sir Robert Filmer, principalmente en su obra *Patriarca o el poder natural de los reyes*. En el *Segundo libro sobre el Gobierno*, el más utilizado por los estudiosos lockeanos, el filósofo inglés expone su teoría política criticando ocasionalmente a otros pensadores, pero sin hacer de su refutación el objetivo principal de la obra (16).

Aunque los dos tratados políticos fueron publicados en 1690, ambos fueron escritos en torno a 1681, y Locke no llegó a revisarlos sustancialmente para su edición. Este hecho no ha sido suficientemente tenido en cuenta por algunos comentaristas de la obra del filósofo inglés, considerando erróneamente que los dos libros tenían por objeto justificar la revolución inglesa de 1688 que instauró en el trono a Guillermo de Orange (17), cuando la realidad es que eran la expresión mejor sistematizada de los ideales liberales de la época. Locke soñaba con un régimen de corte parlamentario para defender un gobierno no autoritario en un sistema de poderes separados que, casualmente, se instauró poco después.

(15) Charles H. MONSON, Jr.: "Locke's Political Theory and Its Interpreters" en C. B. Martin y D. M. Armstrong, *Locke and Berkeley. A Collection of Critical Essays*. London. Univers. of Notre Dame Press, 1968, págs. 179-198. Casi todos los libros que estudian la teoría política de Locke dedican un capítulo a sus intérpretes e interpretaciones.

(16) Utilizaremos la edición bilingüe español-inglés del *Primer libro sobre el Gobierno*, editado por R. Gamba y C. Gutiérrez. Madrid, IEP, 1966 (contiene el *Patriarca* de Filmer). Para el segundo libro citaremos por la edición de L. Rodríguez Aranda y A. Lázaro Ros: JOHN LOCKE, *Ensayo sobre el gobierno civil*. Madrid, Aguilar, 1981. Seguiremos la notación T, seguido de I y número de página (T I, 187) y II, número de parágrafo (T II, 175) para referirnos respectivamente al Primero y Segundo libro. Durante el artículo se aludirá a los mismos como *Tratados*, para distinguirlos claramente del *Ensayo sobre el entendimiento humano*.

(17) L. RODRÍGUEZ ARANDA en su "Introducción" [16], pág. XIV.

Para apoyar estos ideales *whigs*, Locke necesita hacer frente a las doctrinas imperantes, defensoras del poder absoluto de los reyes. De éstas, aunque la teoría desarrollada por Hobbes es, con mucho, la más coherente, la adoptada por la monarquía inglesa de los Estuardo fue la de Filmer. Este, un noble del condado de Kent, había defendido el derecho divino natural de los reyes y el deber de obediencia de los súbditos. En la concepción política de Filmer el poder monárquico era directo heredero de Adán, y sobre la base del poder natural de los padres, que éste simboliza, todos deberían obedecer a los monarcas de su tiempo. El *Patriarca o el poder natural de los reyes* hacía de los monarcas herederos directos de la autoridad de Adán; en realidad constituía un panfleto de escaso fundamento, no publicado en vida de su autor y editado en 1680, casi treinta años después de su muerte, lo que prueba el anacronismo que regía la doctrina que defendía.

En este ambiente políticamente adverso se elaboran los dos *Tratados* de Locke; ambos intentan contrarrestar las teorías auspiciadas desde el trono (Filmer), o de claro corte autoritario (Hobbes). Locke se encuentra en una situación comprometida: de una parte debe demostrar la invalidez teórica de estas doctrinas; de otra, tiene que proponer una concepción del poder alternativa. Para conseguir su primer objetivo, la teoría patriarcal de Filmer ofrece más ventajas que ninguna otra: carece de la lógica implícita en la doctrina de Hobbes y es la doctrina oficial de la monarquía autoritaria de los Estuardos. Esta labor es la que realiza Locke en su primer *Tratado*. No obstante, a pesar de la poca importancia que se le ha prestado, en él están implícitas las claves del posterior desarrollo de la teoría política de Locke.

La demostración de la inexistencia de un patriarcalismo legítimo ejercido por el monarca como heredero de Adán y en nombre de Dios, supone la eliminación de un supuesto intermediario en la relación del hombre con Dios. Si Dios no ha delegado autoridad alguna en ningún hombre no existe nadie que posea un poder político legítimo para actuar en representación del poder divino. Todo hombre posee una dependencia directa de Dios, al margen de un supuesto poder patriarcal heredado de Adán. En esta situación debería encontrarse el hombre como soberano de sí mismo, sujeto únicamente a la ley de Dios. Locke se ve obligado, por condicionamientos políticos de su época, a defender la existencia de un estado de naturaleza con fundamento histórico.

La idea de un estado de naturaleza anterior a la sociedad en que vivimos no era nueva en el horizonte filosófico europeo. Locke

cita en su apoyo a Hooker (T II, 5), pero posiblemente sea Hobbes (*De Cive*, Cap. I) su fuente de inspiración más directa. Pero Locke proporciona ejemplos concretos de lo que puede ser el estado de naturaleza, y a propósito de ellos utiliza sus conocimientos de relatos de viaje por América y otras zonas. En esta demostración histórica de lo que es el estado de naturaleza, Locke no duda en ofrecer una América a su medida, acorde con los intereses ideológicos más favorables a sus tesis.

En primer lugar, Locke introduce el estado de naturaleza como opuesto al poder civil. Este último «es el remedio apropiado para los inconvenientes que ofrece el estado de Naturaleza» (T II, 13). Sin embargo, esta contraposición no es expresada con claridad: Locke utiliza el estado de naturaleza de una manera ambigua, definiendo sus características de acuerdo con los objetivos que se propone demostrar. Así, el estado de naturaleza se define como lo que no es estado civil, porque Locke mezcla en el mismo diferentes conceptos que no resulta fácil conciliar.

Casi todos los estudiosos de la teoría política de Locke han señalado la ambigüedad del estado de naturaleza en la obra de éste, pero ninguno ha señalado, a mi juicio, que ésta se debe a las dualidades que este concepto recoge: en el aspecto económico, el estado de naturaleza abarca una forma de vida agrícola-ganadera y otra dedicada a la caza; en lo político, incluye la monarquía absoluta y las bandas preestatales carentes de gobierno político; por último, en el estado de naturaleza conviven naciones e individuos a los que éste es aplicable indistintamente. A su vez, estos elementos pueden dar lugar a nuevas combinaciones: la monarquía absoluta puede no ser en lo económico sólo agrícola-ganadera, los individuos pueden ser europeos civilizados o salvajes que viven de la caza, etc.

La representación histórica a la que acude el filósofo inglés para ejemplificar el estado de naturaleza se resiente de este hecho: en el estado de naturaleza se encuentran formas sociales tan dispares como la monarquía absoluta (T II, 90 y ss) y los «hombres primitivos» (T II, 107) que asistieron a la formación de los regímenes monárquicos, pero, además, Locke utiliza constantemente dos ejemplos históricos de «tiempos primitivos», los proporcionados por la Biblia y los que provienen de los relatos de viaje. Estos últimos encuentran su lugar geográfico en el continente americano, aunque Locke no los usa de forma indistinta con los primeros, sino mediante una calculada selección.

Al situar en el estado de naturaleza a la monarquía absoluta y los pueblos primitivos, Locke consigue desprestigiar ideológicamente

te un régimen político contemporáneo de la fecha de elaboración de los *Tratados* como la monarquía inglesa de los Estuardo. Pero, a la vez, Locke era consciente de la enorme diferencia económica que existía entre ambos tipos de sociedad. Además, como quería establecer una relación entre la riqueza de un pueblo y su régimen político, identificando la pobreza con el estado de naturaleza y la riqueza con la sociedad civil, se ve obligado a utilizar ejemplos históricos de monarquías absolutas diferentes a la inglesa cuando ha de demostrar la miseria que engendran tales sociedades. Por eso, cuando Locke critica la interpretación exclusivista del mandato divino «creced y multiplicaos» hecha por Filmer a favor de Noé, no duda en mostrar lo que del mismo consigue hacer un caso concreto de monarquía absoluta, curiosamente no cristiana:

... hasta qué punto ayuda la monarquía absoluta a cumplir esta grande y primera bendición de Dios Todopoderoso, *sed fecundos y multiplicaos y llenad la tierra*, que contiene en sí el progreso de todas las artes y las ciencias y las comodidades de la vida, puede verse en aquellos grandes y ricos países que gozan del dominio turco, en los cuales no se encuentra actualmente un tercio, ni en muchas partes, por no decir en las más, una trigésima y quizá puedo decir una centésima parte de la población que los habitaba primitivamente (T I, 135-136).

Esta actitud de referencia implícita a la monarquía inglesa anterior a la revolución de 1688, unida a la ejemplificación histórica de la monarquía absoluta a través del coloso turco, se repite cuando se trata de justificar el derecho a la rebelión del pueblo sometido por la fuerza al tirano conquistador:

¿Habrà alguien que ponga en duda el derecho de los griegos cristianos, descendientes de los antiguos dueños de aquel país, a sacudir el yugo de los turcos bajo el que llevan gimiendo tanto tiempo, siempre que cuenten con fuerza para hacerlo? (T II, 192).

Al legitimar la rebelión contra el poder turco, Locke apoyaba la lucha contra la monarquía autoritaria inglesa. La dualidad que llevaba consigo su formulación no había de pasar desapercibida en un país envuelto en agitaciones sociales de gran importancia. Pero la duplicidad de un mismo lenguaje no sólo afectaba a las luchas políticas de su nación, sino también a los intereses económicos de muchos de sus habitantes. En este caso América y la colonización inglesa eran las claves que explicaban el uso histórico de dos ejemplos diferentes para mostrar la realidad de una misma época de la humanidad. Locke intentaba refutar a Filmer y para ello tenía que

recoger su reto de reelaborar el pasado histórico a partir de los relatos bíblicos, pero como también intentaba proporcionar un apoyo ideológico a la expansión colonial inglesa, necesitaba situar las tierras americanas en el centro de su teoría (18).

La Biblia y las narraciones de Garcilaso, Acosta y Fernando de Soto constituyen los dos ejes sobre los que se asienta la información sobre los tiempos primitivos de Locke. Realmente, una cita de Fernando de Soto, dos de Garcilaso y una más de Acosta no parecen constituir un material abundante como para teorizar sobre América; pero Locke utiliza más información de la que cita, y América como objeto genérico de sus comentarios aparece un gran número de veces, así como sus habitantes. Por otra parte, las citas que realiza de Garcilaso y Acosta poseen un extraordinario valor para conocer el pensamiento de Locke respecto a América. La Biblia, en concreto el Antiguo Testamento, aparece en mayor número de ocasiones, pero este dato carece de valor si tenemos en cuenta el número de veces en que se utiliza para precisar o refutar lo dicho por Filmer. A pesar de su mayor presencia, Locke utiliza los ejemplos extraídos de la Biblia para complementar las afirmaciones sobre América. Así, cuando se trata de demostrar la inexistencia de una monarquía absoluta en los tiempos primitivos, América constituye un paradigma sobre el que se puede imaginar lo acontecido en Asia y en Europa en otras épocas:

... en América, que sigue siendo todavía un modelo de lo que fueron las épocas primitivas en Asia y en Europa, vemos, que los reyes de los indios son muy poco más que generales de sus ejércitos; (T II, 108).

Lo ocurrido en el laboratorio del pasado europeo adoptado por Locke viene confirmado por el relato bíblico:

En Israel mismo, el negocio principal de sus jueces y de sus primeros reyes parece haber consistido en ser capitanes y jefes de sus ejércitos en tiempo de guerra. Eso se ve con toda claridad en la historia de Jefté (T II, 109).

(18) Resulta claro para cualquier lector de Locke que éste utiliza ejemplos procedentes no sólo de los libros de viaje y de la Biblia, sino también de la Antigüedad clásica; pero aunque existen citas en las que Locke coloca en un plano de igualdad estas tres fuentes, en la mayor parte de los casos utiliza historias procedentes de la literatura de viajes o de los libros sagrados, dejando en un plano secundario las referencias a la época clásica. Por tanto, que Fernando de Soto, Homero y la Biblia aparezcan a un mismo nivel como fuentes documentales en una sola cita (T I, 265) no es obstáculo para admitir la duplicidad comentada.

Locke continúa narando la historia de Jefté (*Jueces*, XI, 11), la de Jotham y Gedeón (*Jueces*, IX, 7), Abilemec, Samuel, Saúl, etc., pero la función representativa de lo que se quería afirmar se ha realizado anteriormente al aludir a América. Los ejemplos bíblicos apoyan lo escrito por Locke al principio, pero en absoluto amplían su significado y ni siquiera llegan a poseer el mensaje que transmite la cita sobre América. Aunque los habitantes de América representan una época pasada de la sociedad europea, los relatos bíblicos también dan idea de lo que ocurrió al principio de los tiempos; Caín estaba en el mismo estado de naturaleza que hoy es manifiesto en América:

... todo hombre tiene en el estado de Naturaleza poder para matar a un asesino, a fin de apartar a otros de cometer un delito semejante ... Caín sintió convencimiento tan pleno de que cualquier persona tenía derecho a matarle como a un criminal que, después del asesinato de su hermano, exclama en voz alta: "Cualquiera que me encuentre me matará." De forma tan clara estaba escrita esa ley en los corazones de todos los hombres (T II, 11).

Pero el estado de naturaleza en que se encuentra Caín, como el resto de los protagonistas bíblicos, no es el mismo que el de los aborígenes americanos. Locke reconoce que la posesión de tierras estaba al alcance de Caín; ninguna miseria embarga a los personajes de la Biblia cuando Locke habla de ellos. Así, afirma:

... en los comienzos de la Humanidad, pudo Caín apropiarse de todas aquellas tierras que hubiese podido cultivar y que por ese hecho pasaban a ser suyas, siempre que dejase extensión suficiente para que las ovejas de Abel pudieran alimentarse; con todo ello les habría bastado a ambos la posesión de unos pocos acres de tierra (T. II, 38).

Como Caín y Abel, Abraham y Lot o Esaú y su familia, poseían tierras para sus cultivos y ganados, riquezas. El estado de naturaleza en que se encontraban no es obstáculo que impida una forma de vida cómoda. En cambio, el estado de naturaleza se convierte en algo indeseable cuando se representa en América. La carencia de los bienes más necesarios es una constante en las gentes del Nuevo Mundo. La apatía y la ausencia de interés por el trabajo hacen de América un mundo lleno de posibilidades fallidas, un continente donde el más favorecido vive en peores condiciones que el más pobre de los campesinos ingleses:

Demostración palmaria de ello es que varias naciones de América que abundan en tierras, escasean, en cambio, en todas las co-

modidades de la vida; la Naturaleza las ha provisto con tanta libelidad como a cualquier otro pueblo de toda clase de productos y materiales, es decir, suelo feraz, apto para producir en abundancia todo cuanto puede servir de alimento, vestido y placer; sin embargo, al no encontrarse beneficiados por el trabajo, no disponen ni de una centésima parte de las comodidades de que nosotros disfrutamos; reyes de un territorio dilatado y fértil se alimentan, se visten y tienen casas peores que un jornalero de Inglaterra (T II, 41).

La ausencia del trabajo agrícola entre los aborígenes americanos constituye la particularidad más importante cuando se trata de definir su modo de vida. En el estado de naturaleza bíblico la tierra es dada en común a los hombres, para su explotación y disfrute:

Lo mismo si nos atenemos a la *razón* natural, que nos enseña que los hombres, una vez nacidos, tienen el derecho de salvaguardar su existencia, y por consiguiente el de comer y beber y el de disponer de otras cosas que la Naturaleza otorga para su subsistencia, que si nos atenemos a la *Revelación*, que nos proporciona un relato de cómo Dios otorgó el mundo a Adán, y a Noé y a sus hijos, resulta completamente claro que Dios, como dice el rey David (Salmo CXV, 16), "Entregó la tierra a los hijos de los hombres", se la dio en común al género humano (T II, 24).

Mas, la donación bíblica no impide el establecimiento de posesiones privadas, las cuales revierten al dominio común cuando un hombre muere sin herederos (T I, 200). En América, Locke no utiliza ejemplos que muestren la labor agrícola de sus habitantes; a diferencia del modo de vida que nos enseña la Biblia, los indios no están en contacto con la tierra a través de la agricultura (Caín) o de la ganadería (Abel). El estado de naturaleza en que viven los hombres del Nuevo Mundo parece suponer un modo de vida ajeno a estos trabajos. Lo propio del modo de subsistencia americano es la caza:

... el producto de la caza, que sirve de sustento a los indios selváticos, que no reconocen cotos y siguen poseyendo la tierra en común, será suyo, y tan suyo..., es decir, tan parte de él mismo... que nadie podrá alegar derecho alguno sobre lo cazado por él antes que haya consumido lo necesario para el sustento de su vida (T II, 25).

El indio asegura la propiedad del ciervo que caza (T II, 29) gracias a la ley de la naturaleza, pero el dominio de la tierra, conseguido a través del trabajo, resulta ajeno a éste. Por eso, cuando se trata de hacer referencia a la situación histórica característica del estado de naturaleza se recurre a América. La abundancia de sus

tierras, la propiedad comunitaria de las mismas por parte de un escaso número de habitantes que no las utilizan sino para la caza, las posibilidades de riqueza que ofrece para aquel que desee trabajar su suelo, todo ello encuentra su ejemplificación en América. Pero la familia que pretende establecerse en el Nuevo Mundo conocerá el estado de naturaleza propio de Adán y de Noé, no de los salvajes que desaprovechan las posibilidades que un territorio tan fértil les ofrece:

Suponiendo a un hombre o a una familia en el estado primitivo, cuando los hijos de Adán o de Noé empezaron a poblar el mundo, debemos dejarle que se establezca en algún lugar desocupado del interior de América. Descubriremos entonces que las tierras de que él podría apropiarse, dentro de las reglas que hemos establecido, no serían muy extensas ni, hoy mismo, perjudicarían con ello al resto del género humano ni le darían tampoco motivos de queja o de creerse dañado por su intromisión (T II, 36).

El estado de naturaleza resulta ser un doble estado de naturaleza, en el que las cualidades morales y materiales que han dado origen al modo de vida europeo se identifican con los atributos entresacados de la narración bíblica, mientras que los rasgos considerados propios del salvajismo (tierra en común no cultivada, modo de vida cazador, ausencia de interés por el trabajo, etc.) son situados en el Nuevo Mundo. La diferencia entre uno y otro grupo de datos no es, sin embargo, neutral.

4. LOS COLONOS Y EL SENTIDO DE LAS CITAS DE GARCILASO Y ACOSTA

Locke sabía que en América convivían diversos estadios de desarrollo, y así lo manifiesta en su propia obra al distinguir entre «los pueblos de América» y «los dos grandes imperios del Perú y de Méjico» (T II, 105), pero lo que le interesaba era legitimar la colonización inglesa en América del Norte. Para ello, presenta el trabajo como el causante de «nueve décimas partes de los productos de la tierra, útiles a la vida del hombre», pues distinguiendo en éstos lo que es «debido exclusivamente a la Naturaleza y lo debido exclusivamente al trabajo, descubriremos que, en la mayoría de tales productos, es preciso atribuir al trabajo un buen noventa y nueve por ciento del total» de su valor (T II, 40).

El trabajo crea el derecho a la propiedad de los productos obtenidos gracias al mismo, pero también crea el derecho de propiedad sobre la tierra en la que crecen, con lo que los colonos de América

encontraban una coartada teórica para la ocupación de unas tierras cuyos propietarios legítimos eran indios en estado de naturaleza. Locke da por supuesto que sólo la tierra cultivada posee dueño: «allí donde existen más tierras que las poseídas por sus habitantes y que éstos son capaces de cultivar, ... puede cualquiera aprovecharse de las no cultivadas» (T II, 184), pero también supone que los indios viven de la explotación de la caza y ésta crea el derecho sobre las piezas capturadas, mas no sobre las tierras donde se realiza la misma.

La escasez de habitantes del Nuevo Mundo, la abundancia de tierras y su estado comunal constituían una invitación para que los colonos ingleses adquirieran propiedades mediante su trabajo. Esa tierra tan difícil de adquirir en Inglaterra estaba al alcance de su mano en América con sólo aplicar su trabajo a la misma. Labrar unas tierras cuyos habitantes no vivían sino de la caza, y hacerlas producir diez veces más que cuando eran simples yermos, era una situación que permitía a Locke conciliar el bienestar individual y el bien común de los ingleses, pero a costa de los indios.

La situación de los hombres en el estado de naturaleza equivale a un estado «de pura anarquía» (T II, 225); definiéndole con objetividad podría decirse que los hombres desean salir del estado de naturaleza «porque mientras permanecen dentro de éste su situación es mala» (T II, 127). Pero los colonos ingleses pertenecen a una comunidad que posee su normas, «disponen de una ley común sancionada y de un organismo judicial al que recurrir, con autoridad para decidir las disputas entre ellos y castigar a los culpables», están «en sociedad civil los unos con los otros» (T II, 87); ¿de dónde proviene el estado de naturaleza que les da derecho a hacer suyas las tierras de América? Locke considera que

la comunidad, tomada globalmente, constituye un solo cuerpo, y que este cuerpo se encuentra en el estado de Naturaleza por lo que se refiere a todos los demás Estados o personas ajenas a la comunidad (T II, 145).

Es decir, que «quienes en Inglaterra, Francia u Holanda ejercen el supremo poder de dictar leyes son, para un indio, hombres iguales a todos los demás: hombres sin autoridad» (T II, 9), «dos hombres en estado de Naturaleza (y todos los príncipes y los gobiernos se encuentran en ese estado en sus relaciones mutuas)» (T II, 184). Por tanto, los colonos ingleses se encuentran, frente a los indios,

en estado de naturaleza. Esta situación histórica es la que Locke ejemplifica mediante una cita de Garcilaso de la Vega:

Los hombres pueden hacer entre sí otros convenios y pactos y seguir, a pesar de ello, en el estado de Naturaleza. Las promesas y las estipulaciones para el trueque, etc., entre los dos hombres de la isla desierta de que nos habla Garcilaso de la Vega en su historia del Perú, o entre un suizo y un indio en los bosques en América, tienen para ellos fuerza de obligación, a pesar de lo cual siguen estando el uno con respecto al otro en un estado de Naturaleza, porque la honradez y el cumplimiento de la palabra dada son condiciones que corresponden a los hombres como hombres y no como miembros de la sociedad (T II, 14).

La teoría política de Locke consagraba mediante esta doctrina el expansionismo de los colonos en América: los indios en estado de naturaleza no tenían derecho a la propiedad de la tierra, pero podían negociar con los pobladores europeos que se adueñarían de sus territorios. El intercambio comercial con los indígenas permitiría a éstos soportar los duros momentos iniciales, hasta que las cosechas propias garantizaran el autoabastecimiento. El colono americano podía recibir a su vecino indio para efectuar un intercambio comercial manteniéndose el uno con respecto al otro en un estado de naturaleza, con lo que cada cual conservaba su derecho a luchar en defensa de su propiedad sin apelar a ningún juez común y en la medida en que lo permitieran sus fuerzas. Como el colono adquiriría la propiedad de la tierra con el cultivo de la misma, era el único capacitado por las leyes de la naturaleza para defender con la fuerza su propiedad. Al indio le correspondía el papel de agresor de aquellos que, habiendo usurpado sus tierras, contaban con la ley de la naturaleza a su favor.

Puesto que, «por naturaleza, al igual que cualquier otro hombre o de cualquier número de hombres que hay en el mundo», el hombre tiene «el poder de defender su propiedad» (T II, 87), entendiendo por ésta «sus vidas, libertades y tierras» (T II, 123), la ley natural que Locke intentaba explicar beneficiaba al colono inglés en perjuicio del indio. Pero además, si el dinero, las riquezas y los tesoros «no son bienes naturales y sólo tienen un valor imaginario que la Naturaleza no le ha dado» y «estimándolo por su valor natural, no lo tienen mayor que el que tendrían para un príncipe de Europa los *wampompeke* (collares de conchas) de los indios americanos, o la moneda de plata de Europa para los indios primitivos de América» (T II, 184), ¿qué puede ofrecer el colono al indio americano? Evidentemente, Locke suponía un derecho de civilización capaz de llevar a los indios las ventajas de ésta a través del asenta-

miento y del trabajo de los colonos ingleses. No hay que ser un gran historiador para observar que esta «razón natural» guarda un enorme parecido con la evangelización que en el siglo XVI guiaba la obra de los encomenderos y religiosos hispanos.

Curiosamente, Locke parece utilizar ejemplos que localiza en América para mostrar el estado de naturaleza en que se encuentran los hombres *en* ese continente. Se sirve de dos ejemplos que localiza en el Nuevo Mundo, la historia narrada por Garcilaso de la Vega y el encuentro «entre un suizo y un indio en los bosques de América». Ambos tienen su escenario geográfico en América, a pesar de que implican la participación de dos europeos en el caso narrado por Garcilaso de la Vega, y un europeo y un indio en el ejemplo propuesto por Locke.

El filósofo inglés intenta demostrar que el estado de naturaleza no depende únicamente del nivel de desarrollo. Locke se refiere a la historia de Pedro Serrano, contada por Garcilaso de la Vega en la *Primera parte de los Comentarios reales de los incas*, L. I, Capítulos VII y VIII. El autor español relata cómo Pedro Serrano, náufrago en una isla desierta, subsiste con grandes penalidades en la misma hasta que tres años después de su llegada se encuentra con otro náufrago. El aspecto de ambos era tan horrible que se creían uno al otro el demonio. En su huida, Pedro Serrano reclama la ayuda del Señor, lo que oído por el otro náufrago permite su identificación como cristiano y el consiguiente abrazo una vez que él mismo recita el Credo. Los dos náufragos conviven durante cuatro años hasta que los rescata un navío que acertó a ver el fuego que ambos mantenían encendido día y noche.

A pesar de que Locke no indica la localización exacta de la referencia en el libro de Garcilaso, no existen dificultades para encontrar la cita, lo que confirma la suposición de que tenía interés en utilizar un ejemplo de europeos en condiciones ajenas a su medio. De esta forma, hacía hincapié en un estado de naturaleza que se impone a individuos y comunidades por la ausencia de normativa jurídica y de poder con autoridad para hacerla respetar.

Locke tenía a su disposición varios capítulos de la obra de Garcilaso para mostrar el estado de naturaleza en que se encontraban algunos pueblos americanos. En concreto, Locke cita dos veces el Cap. XII del L. I de la misma obra de Garcilaso, donde éste expone el salvajismo en que vivían los pueblos de Perú antes de la llegada de los incas. Pero Locke no se sirve de estas citas sino para refutar a Filmer (T I, 159-160) y para defender la ausencia de principios morales innatos (*Ensayo I, 2, 9*).

De esta actitud se deducè que América era el lugar geográfico donde se situaban los hombres en estado de naturaleza, mientras que en Europa eran las naciones las que se encontraban en tal estado. Al igualar el estado de naturaleza con la ausencia de sociedad civil, Locke hacía uso de otra de las dualidades implícitas en su concepto de estado de naturaleza, desvinculándolo de su relación con el nivel de subsistencia. Gracias a ello, los europeos procedentes de sociedades civilizadas, como Pedro Serrano, se convertían en individuos encuadrados en un nivel social pre-estatal. Pero a la vez, y esto afectaba a los colonos ingleses, podían trabajar para establecer su propiedad en los bosques de América, con lo que adquirirían el derecho a defenderla.

Locke desarrolla su teoría del estado de naturaleza pensando en su aplicación a las tierras de América, aunque ésta no dejaba de tener aplicación también en Europa. De aquí que sea el Nuevo Mundo el lugar que aparece constantemente cuando se trata de presentar los tiempos primitivos. El resto de los ejemplos aparecen como complementarios; a veces proceden de la Biblia, otras, las menos, de la Antigüedad clásica, pero en cualquier caso sólo como refuerzo de lo que se afirma respecto a América.

Esta actitud se repite cuando Locke cita la *Historia natural y moral de las Indias* del P. Acosta. En esta cita sí nos proporciona la localización exacta del párrafo en la obra del jesuita, pero Locke utiliza algunos ejemplos más:

Tendrá que dar muestras de una extraña inclinación a negar la evidencia de los hechos quien, al no concordar con sus hipótesis, no se avenga a reconocer que Roma y Venecia empezaron al conjuntarse cierto número de hombres, libres e independientes unos de otros, y entre los que no existía superioridad natural o sometimiento. Y si José de Acosta merece crédito, él nos asegura que en muchas partes de América no existía ninguna clase de gobierno. "Existen notables y claras conjeturas de que aquellos hombres (se refiere a los habitantes del Perú) no tuvieron por espacio de mucho tiempo reyes ni Estados, sino que vivían en grupos, tal como hoy mismo hacen en Florida los chiriguanas, los del Brasil y otras muchas naciones que con toda seguridad no tienen reyes y que, cuando se les ofrece la oportunidad, en tiempo de guerra o de paz, eligen a su gusto sus capitanes" (lib. I, cap. 25). (T II, 102).

Locke no da la cita del libro o de los libros de donde extrae los ejemplos de la constitución de Roma y Venecia (19), pero desde

(19) R. H. Cox: *Locke on war and peace*. Oxford, Clarendon Press, 1960, págs. 210-211, proporciona las posibles fuentes de Locke en este ejemplo. El libro de Cox es un excelente estudio de la teoría política de Locke y sus consecuencias sociales, aunque, a mi juicio, contiene dos defectos: no presta la suficiente atención a las relaciones de la teoría política de Locke con

luego se trata de ciudades inmersas en la historia europea. El acto de unión de los hombres de estas ciudades marcó el comienzo de las mismas como sociedades civiles. Por el contrario, la cita de Acosta reconoce un hecho sucedido «históricamente» (de acuerdo con la historia narrada por Acosta), pero vuelve a proporcionar, en la segunda parte de la comparación, una clara imagen del estado de naturaleza en que se encontraba la América de la época.

El filósofo inglés utiliza las obras de Acosta y de Garcilaso de la Vega como autoridades prestigiosas; pero selecciona las citas y les da el sentido que conviene a los intereses de su libro, alejándose de la raíz aristotélica que inspira la filosofía natural y moral de estos autores (20). El caso de Pedro Serrano puede ser una perfecta confirmación de lo que afirmamos, pues para Garcilaso su experiencia en una isla desierta no refleja otra cosa que una forma de vida anormal y contraria al ser humano, mientras Locke parece dar a entender con su cita que se trata del modo de vida original de los hombres. Idéntica situación se produce con el texto de Acosta, considerando el jesuita que la forma de vida de los pueblos que cita, anterior en su estado evolutivo a las que le siguen, carece de la humanidad característica de éstas.

5. LA TEORÍA DEL CONOCIMIENTO DE LOCKE EN RELACIÓN A AMÉRICA

Si la relación de la teoría política de Locke con América posee enorme importancia para una correcta valoración de lo dicho en los dos Tratados, no es menos significativa la relación de su teoría del conocimiento con la idea de América que Locke se había forjado a través de sus lecturas. La particularidad consiste en que el filósofo inglés no se encuentra obligado, al exponer su teoría del conocimiento, a hacer de América la nueva patria de los colonos ingleses, por lo que encuentra innecesario mencionar los principios políticos formulados en apoyo de esta idea. Sin embargo, esto no significa que no se encuentren abundantes elementos que revelan un pensamiento coherente.

América y disuelve el estado de naturaleza de Locke en un "carácter hobbesiano" que no siempre parece confirmarse.

(20) Sobre la relación de Acosta con Locke puede verse la parte final del artículo de F. DEL PINO "Contribución del padre Acosta a la constitución de la etnología. Su evolucionismo", en *Revista de Indias*, núms. 153-154, julio-diciembre de 1978, págs. 507-546. Para el aristotelismo de Acosta, véase F. CASTILLA, *Antecedentes clásicos del binomio Historia natural y moral: Aristóteles y las crónicas* (de próxima publicación).

Como en los *Tratados*, en el *Ensayo sobre el entendimiento humano* Locke se sirve de todo lo relacionado con América, «el mundo salvaje», para demostrar los principios que defiende; hace de los relatos de viaje un uso favorable a sus tesis, pero como éstas se centran en la defensa de una teoría del conocimiento y no en la elaboración de una doctrina política, los intereses concretos que mediatizaban la última ceden paso a los principios teóricos que apoyan la primera. De esta manera, América se convierte no tanto en el territorio apropiado de una propuesta política como en la ejemplificación de un principio teórico.

Locke introduce las referencias a los habitantes del Nuevo Mundo (21) al principio del *Ensayo*, en su L. I (22). De los cuatro libros que componen su obra, el primero es el más breve y cumple una función negativa: demostrar la inexistencia de ideas innatas. Este es el motivo por el que la mayor parte de los estudiosos de Locke apenas le prestan atención. La exposición de la doctrina que haría famoso a Locke comienza a partir del libro segundo, quedando el primero para la utilización de todo tipo de argumentos para demostrar que las ideas innatas no existen. Mas, en definitiva, y en concordancia con su defensa del empirismo, todos ellos pueden reducirse a la inexistencia de este tipo de ideas en los seres que mejor representan la pureza del alma humana:

Como los niños, los idiotas, los salvajes y la gente analfabeta, son entre otros los menos corrompidos por los hábitos y por las opiniones adquiridas, ya que el estudio y la educación no han forjado aún sus pensamientos innatos en nuevos moldes, ni han sido enturbiados aquellos bellos caracteres que la naturaleza ha escrito allí por la introducción de doctrinas extranjeras y perjudicadas, sería razonable imaginar que, en sus mentes, esas nociones innatas estarían expuestas a la vista de todos, como en realidad sucede con los pensamientos de los niños. Muy bien podría esperarse que esos principios fuesen perfectamente conocidos por los hombres en estado natural, ya que, como se supone, son principios impresos de un modo inmediato en el alma, y no dependen en absoluto de la constitución, ni de los órganos del cuerpo, que es la única diferencia que se admite entre aquéllos y los demás (E I, 1, 27).

(21) Locke se refiere con frecuencia a “salvajes”, sin especificar su localización geográfica, por lo que éstos pueden situarse en cualquier lugar. Sin embargo, tanto el número de citas de relatos de viaje sobre América que realiza, como el contexto donde tienen lugar, permiten afirmar que Locke tenía presentes, particularmente, a los aborígenes americanos cuando hablaba de “salvajes”.

(22) Utilizaremos la edición de Fraser [3]. Citaremos por el siguiente orden: libro, capítulo y párrafo, precedidos de una E (E II, 13, 23), para facilitar su localización en cualquier edición.

Así pues, nuestra comprobación empírica nos permite ver perfectamente que ninguno de ellos da muestras de poseer un mínimo conocimiento de principios innatos; al contrario, demuestran un conocimiento de lo que les rodea, de los ambientes particulares en que se han formado:

... ¿cuáles son los principios generales que se encuentran en los niños, los idiotas, los salvajes y en los absolutamente ignorantes? Pocas y estrechas son las nociones que aparecen, sacadas todas de aquellos objetos con los que tienen un trato más íntimo y que han causado en sus sentidos las impresiones más frecuentes y fuertes. Un niño conoce a su niñera y a su cuna, y poco a poco a todos los juguetes que corresponden a una edad más avanzada; y el joven salvaje, quizá, tiene la cabeza llena de amor y de cacerías, según los hábitos de su tribu. Pero quien espere encontrar en un niño aún no educado o en un salvaje que habita los bosques esas sentencias abstractas y esos acreditados principios de la ciencia, mucho me temo que se verá desengañado. Es raro que semejante clase de proposiciones se escuche en las chozas de los indios; menos aún ha de encontrarse en los pensamientos de los niños, y no se advierte ninguna impresión de ellas en las mentes de los hombres en estado natural (E I, 1, 27).

Esta es la idea que Locke mantiene a lo largo del libro primero del *Ensayo*, aunque el ejemplo que utiliza vaya cambiando de acuerdo con las necesidades de la exposición: cuando se trata de negar la existencia de «unos principios morales en los que concuerdan todos los hombres», Locke admite como prueba «la sentencia de cualquiera medianamente documentado en la historia de la humanidad» (E I, 2, 2). Pero esta apelación se ve reforzada con el argumento empírico que suponen las narraciones de viaje; Locke hace uso de su conocimiento de estas obras para negar la existencia de principios innatos de justicia, piedad, gratitud, equidad o castidad. Las costumbres de otras naciones: abandonar a los niños en los campos, meterlos en la sepultura de su madre si ésta ha muerto de parto, abandono de los padres al llegar a cierta edad por parte de los hijos o las contadas por Pedro Mártir, Garcilaso de la Vega, Baumgarten, etc. (E I, 2, 9), constituyen un ejemplo evidente de la ausencia de estos principios.

Pero Locke no se queda en la demostración de la inexistencia de estos principios innatos. En un proceso de ampliación de sus tesis, Locke necesita hacer ver que ninguna idea por sublime que sea está dada en nuestra mente de manera innata. Para ello no duda en negar el innatismo de la idea de Dios, aunque de nuevo recurre a la solución conocida; mediante una breve mención de los ateos «mencionados por los antiguos y que se encuentran condenados

en los anales de la historia», Locke acude a los relatos de viaje para demostrar que «en naciones enteras no se encontró noción alguna ni de Dios ni de una religión». De nuevo vuelven a aparecer nombres familiares: la colección de viajes de Thevenot (esta vez citando a Roe y no a Gruber, como en la anterior) y Jean de Lery (el mismo capítulo citado en la anterior relación), mientras aparecen por primera vez La Martinière, La Loubère, Navarrete, etc.

Salvo los dos últimos, cuyos viajes transcurren por Siam y China, respectivamente, los relatos se localizan en tierras del Gran Mogol, Brasil, etc.,

... naciones en las que la naturaleza ha sido abandonada, sin ningún cultivo, a sus propios recursos, sin contar con el auxilio de las letras, de la disciplina y de los beneficios de las artes y las ciencias (E I, 3, 8).

Estas son las fuentes citadas por Locke en el *Ensayo* que tienen una vinculación directa con la literatura de viaje. Sin embargo, los comentarios sobre los salvajes y América abundan en el libro, y no se corresponden exactamente con las conclusiones de los dos *Tratados*. La concepción que Locke muestra de los hombres y de las tierras del Nuevo Mundo resulta menos explicativa en el *Ensayo* que en los *Tratados*, como sin duda corresponde en una obra que tiene por objeto ocuparse de una teoría gnoseológica y no de doctrinas políticas. Asimismo, la forma de redactar el *Ensayo*, durante varios años (23), pudo permitir esta diferente concepción; pero lo que parece determinar la diferencia es la ausencia de un interés político inmediato factible de ser expresado a través de una teoría de la propiedad.

Locke parece situarse en una posición más distante, lejana, respecto a los problemas que América inspira. Incluso existe en sus palabras un eco del «buen salvaje»: los indígenas americanos son «los menos corrompidos por los hábitos y por las opiniones adquiridas», son comparables a los niños, a los idiotas, porque en ellos la naturaleza humana se presenta más pura, en su exacta transparencia. Los salvajes, los habitantes de América, «no tienen reservas y desconocen las artes del engaño»; en su forma de ser podemos ver al hombre libre de civilización, mostrándose tal como es.

(23) Locke reconoce en el *Ensayo sobre el entendimiento humano*: «escrito en partes incoherentes, con largos intervalos de abandono; reanudado cuando lo permitían el humor y la ocasión y, por último, refugiado en un retiro donde, por atender a mi salud, tuve el necesario ocio, hasta que fue reducido al orden en que ahora lo ves». (pág. 10, Epístola al lector).

Sin embargo, la forma de ser de este indígena no permite dudar de su capacidad. Si en el indio vemos al ser humano mostrándose libre de artificios, ello no significa que sea incapaz de cubrirse con éstos. Bastaría enseñarle a vivir desde el comienzo de su vida en un lugar donde la educación europea sea norma para hacer del mismo indio un ciudadano normal. El lugar de nacimiento impone una determinación cultural que hace iguales a los hombres en cada lugar, de acuerdo con las costumbres de éste:

Si vosotros o yo hubiéramos nacido en la bahía de Soldania, es muy probable que nuestros pensamientos e ideas no excedieran las de los groseros hotentotes que allí habitan; y si el rey de Virginia, APOCHANCANA, se le hubiera educado en Inglaterra, hubiera sido, tal vez, tan consumado teólogo y tan buen matemático como cualquiera de los que viven en esta isla. Porque la diferencia existente entre ese rey y el inglés mejor situado estriba simplemente en esto: que el ejercicio de las facultades de aquél no tuvo más campo que el que le marcaron los usos, maneras y nociones de su país de origen y que nunca se orientó hacia otras investigaciones diferentes o más profundas (E I, 3, 12).

Así pues, los hombres de América poseen una formación acorde con las normas de sus tribus. Tan sólo la educación recibida los diferencia del europeo más instruido. Su sencillez es el resultado de una cultura más próxima a la naturaleza, libre de los conocimientos propios de la civilización. América demuestra lo que fueron los hombres en su original pureza. Esta forma de ser no sólo es perceptible en su vida sencilla, sino también en su lenguaje. Locke no parece recordar el deseo que envolvía a los hombres para salir de su estado de naturaleza. En el *Ensayo*, la sencillez caracteriza al salvaje; como las técnicas rudimentarias de las que se sirve para sobrevivir, el salvaje es parco en palabras. Su dominio de la lengua se circunscribe a sus necesidades, y éstas son mínimas. Acostumbrados a una vida de escasez, carecen de las ventajas de la civilización: les falta el comercio, desconocen las matemáticas, a duras penas son capaces de contar una pequeña cantidad de objetos:

... algunos [indios] americanos con los que he hablado (los cuales tenían suficiente agudeza y raciocinio) no podían, como lo hacemos nosotros, contar de ninguna manera hasta mil, ni tenían ninguna idea distinta de ese número, aunque pudieran calcular muy bien hasta veinte. Porque como su idioma es escaso y sólo se acomoda a las escasas necesidades de una vida pobre y sencilla, no conocedora ni del comercio ni de las matemáticas, no tenían palabras con las que significar el número mil; de manera que cuando

conversé con ellos sobre estos números mayores, éstos me indicaban los cabellos de su cabeza para expresar una gran multitud que no podían simbolizar con un número (E II, 16, 6).

Esta situación no supone una inferioridad imposible de superar. Locke reconoce de salida la «agudeza y raciocinio» de los aborígenes americanos. Lo que les hace desconocer los nombres de los números superiores a veinte es su modo de vida, tan pronto como éste evolucione su dominio del lenguaje será mayor y el vocabulario básico crecerá hasta ser equivalente al nuestro. Utilizar este tipo de teorías supone un esbozo de esquema evolucionista aplicado a las sociedades, y esto es fácilmente deducible en el siguiente párrafo:

Podemos citar, para ver qué consecuencias puede tener el descubrimiento de un cuerpo natural en la vida humana, todo el vasto continente de América como un ejemplo convincente, pues la ignorancia en las artes útiles, y la carencia de la mayor parte de las comodidades de la vida, en un país que abunda en toda clase de riquezas naturales, creo que pueden atribuirse a su ignorancia de lo que se encuentra en una piedra muy común y despreciable; me refiero al mineral de *hierro*. Y sea cual fuere lo que pensemos sobre nuestro ingenio o adelantos en esta parte del mundo, en la que el conocimiento y la abundancia parecen estar en pugna, lo cierto es que quien reflexione seriamente sobre ello, supongo que se convencerá, sin ninguna duda, de que si se perdiera entre nosotros el uso del hierro seríamos reducidos inevitablemente, en unos cuantos siglos, a las carencias y a la ignorancia de los antiguos salvajes americanos cuyas dotes y disposiciones en nada se quedan cortos sobre las naciones más florecientes y políticas (E IV, 12, 11).

Locke admite la relación entre el dominio del medio y el nivel de desarrollo de un grupo humano. Ciertamente, se trata, como hemos afirmado, de un esbozo de teoría evolucionista a nivel social, pero esto no es lo importante. De una u otra forma esta relación se encontraba presente en muchos autores anteriores a Locke. Lo importante es que se ha esfumado la defensa del trabajo como elemento básico por el que era reclamada la propiedad de la tierra; se ha olvidado el modo de vida que los colonos ingleses podían imponer en América. Ahora el énfasis se pone sobre un mineral, algo ajeno a la voluntad humana. Los indios no son ahora cazadores reacios al trabajo agrícola, su única diferencia con los europeos radica en el dominio del hierro.

En realidad, el elemento innovador que introducen las afirmaciones del *Ensayo* es la ausencia de una motivación política. Sus páginas recogen referencias a la ley natural (E I, 2, 13 y II, 28, 8),

y a las consecuencias derivadas de la formación de sociedades políticas (E II, 28, 10), que comparten los presupuestos de la teoría política de los dos *Tratados*. Pero en ellas está ausente la referencia a todo aquellos que hemos identificado como instrumento intelectual para la colonización inglesa. Se encuentran ausentes del *Ensayo* las referencias a la propiedad, al trabajo, e incluso la misma imagen de América y sus habitantes aparecen diferenciadas. Evidentemente, lo que diferencia ambas versiones es la dosis de interés político inmediato presente en cada una.

Por otra parte, la influencia de América en la obra de Locke no parece poca. Al margen de lo expuesto en los *Tratados*, algo que no puede negarse, el impacto del Nuevo Mundo se encuentra en la génesis de la teoría del conocimiento de Locke, puesto que éste hace un uso abundante de los relatos de viaje para demostrar la inexistencia de ideas y principios prácticos innatos en la mente. La defensa de la tolerancia como instrumento que ha de presidir nuestras opiniones morales encuentra su justificación en la relatividad de las costumbres de la humanidad. Pero ésta sería imposible demostrarla sin los numerosos datos que poseemos de los indios americanos. La inexistencia de la idea innata de Dios encuentra su mejor prueba en los datos que nos proporcionan los relatos de viaje.

Pero no sólo utiliza Locke su conocimiento de América para aportar pruebas contra la teoría de las ideas innatas. La defensa de la mente como un «papel en blanco» se apoya en los resultados que observamos en las distintas naciones. Puesto que hay distintos usos en el comportamiento de los hombres, podemos aceptar que éstos se deben a «las distintas modas, costumbres y maneras» de cada nación. El poder de formar a cada hombre de acuerdo con los existentes en cada país, es una evidencia si nos fijamos en la «historia de la humanidad». Parece claro que la teoría del conocimiento lockeana debe más a una concepción continuista del pensamiento que a una súbita ruptura. Los teóricos de América, con su conocimiento de las diferencias humanas, se encuentran más cerca de Locke de lo que parece.

6. CONSECUENCIAS

La importancia de América y lo americano en la obra de John Locke constituye un punto de referencia fundamental para evaluar algunas de las conclusiones sacadas de sus obras. En el campo de las ciencias sociales, su teoría política y su teoría del conocimiento

han sido utilizadas para mantener posiciones historiográficas controvertidas. En concreto, dentro de la historia de la antropología, ambas han servido de elemento de ruptura para situar el origen de la disciplina. Los autores más influyentes en lo que guarda relación con este tema han sido Ronald L. Meek y Marvin Harris.

En *Los orígenes de la ciencia social*, Meek realiza una defensa de la influencia que los aborígenes americanos pudieron haber ejercido en el pensamiento europeo del siglo XVIII (24). Indudablemente, se trata de una labor similar a la que hemos adoptado como argumento principal de este artículo, y los resultados deberían ser coincidentes en lo que respecta a Locke. Pero no hay un resultado acorde; Meek mantiene un interés especial por determinar los orígenes de la teoría de los cuatro estadios, esto es, la teoría según la cual las sociedades han progresado con el tiempo, pasando de un modo de subsistencia cazador a uno basado en el pastoreo, la agricultura y el comercio. En ese interés parece encontrarse la clave de los desacuerdos. Locke es estudiado por Meek como precedente de la teoría de los cuatro estadios, y su contribución cree encontrarla expresada en su teoría de la propiedad. La consecuencia que de ésta extrae Meek es que gracias a la obra de Locke resulta

que la caza, el pastoreo y la agricultura *no* coexistieron en realidad en las "épocas primitivas" en Asia y Europa, como había hecho creer el Génesis. De este modo quedó abierta, por primera vez, la puerta a la idea de una secuencia o sucesión ordenada de los diferentes modos de subsistencia a través de la cual se podía concebir que hubieran progresado las sociedades en el tiempo (25).

Meek no tiene en cuenta que en ningún párrafo de los *Tratados* admite Locke una separación entre agricultura y ganadería o pastoreo, con lo que la supuesta secuencia progresiva no se cumple. En segundo lugar, Meek tampoco proporciona ningún apoyo que permita separar el relato bíblico y la crónica americana en lo que se refiere al estado en que se encuentran sus protagonistas. Es más, deseoso de buscar la confirmación de su teoría, no explica por qué Locke proporciona en la mayor parte de los casos un ejemplo de América y otro sacado de la Biblia. Por último, Meek, que parece convencido del interés que movía a los autores de relatos de via-

(24) R. L. MEEK: *Los orígenes de la ciencia social*. Madrid, Siglo XXI, 1981, pág. 3: "Sostendré que la literatura de la época acerca de los indios americanos desempeñó un importante papel en la determinación de algunos de los principales aspectos de la teoría de los cuatro estadios y en la forma de muchas de sus proposiciones fundamentales."

(25) [24], pág. 23. Para el estudio de Locke, págs. 20-23.

je (26), no se ocupa en absoluto de los posibles intereses que llevaron a Locke a escribir su obra. En conjunto, la obra de Locke que nos presenta Meek es una obra parcial, deformada por el sesgo que el autor quiere imponerle.

Pero si en su análisis de la aportación de la teoría política de Locke como configuradora de la teoría de los cuatro estadios Meek se encuentra solo, en su valoración de la teoría del conocimiento del filósofo inglés comparte el sitio con Marvin Harris. En realidad es éste quien ha defendido con anterioridad que

quien realmente puso los fundamentos metafísicos sobre los que más de doscientos años después habían de construir los antropólogos la primera definición formal de la cultura fue el filósofo inglés del siglo XVII John Locke (27).

Esta evaluación de la obra del empirista inglés supone un proceso de ruptura con el pensamiento anterior que definiría una nueva etapa en la consideración de la cultura. De hecho, las teorías de la cultura tendrían su origen en tanto que ideas antropológicas sólidamente fundamentadas en la obra que Locke legó a la Ilustración:

... para nosotros todo lo que en la teoría antropológica es nuevo comienza con la Ilustración. Como veremos en el presente capítulo, los filósofos sociales del siglo XVIII fueron los primeros en sacar a la luz cuestiones centrales de la antropología contemporánea y se esforzaron resueltamente, pero sin éxito, por formular las leyes que gobiernan el curso de la historia humana y la evolución de las diferencias y de las semejanzas socioculturales (28).

No deja de ser curioso que se descubra la ruptura que la teoría del conocimiento lockeana supone cuando todos los comentaristas de Locke coinciden en señalar lo enraizado que se encontraba su pensamiento en el pasado. La utilización de una abundante literatura de viajes nos demuestra que contra las pretensiones de Harris al servirse de Locke para fundamentar una historia de la antropología a la medida de sus necesidades metodológicas, éste era un buen conocedor de las principales obras de este género que circulaban por la Europa de su tiempo. En su deseo de hacer de la teoría del conocimiento de Locke un punto de partida acorde con sus necesidades, Harris no pudo haber elegido peor. Incluso otros

(26) [24], págs. 37-38.

(27) M. HARRIS: *El desarrollo de la teoría antropológica. Una historia de las teorías de la cultura*. Madrid, Siglo XXI, 1978, pág. 9. Original de 1968.

(28) [27], pág. 7.

aspectos de la teoría del filósofo inglés aparecen impregnados de tradición: a pesar de las afirmaciones de Meek sobre el supuesto materialismo derivado de la teoría del conocimiento de Locke (29), habría que suscribir, con Copleston, que «Locke no era, por supuesto, materialista». Contra lo que afirma Harris, su teoría del conocimiento, aunque tuvo un gran impacto en el pensamiento de los ilustrados, no era enteramente original:

... no quiero establecer ningún género de comparaciones entre Aquino y Locke. Mi única intención al mencionar al primero ha sido simplemente destacar que es un error suponer que Locke fuera el primero que formuló la teoría según la cual todas nuestras ideas tienen origen en la experiencia y hablar como si la doctrina de las ideas innatas hubiera mantenido ininterrumpidamente su influencia a lo largo de la Edad Media. Aparte por completo de la filosofía ocamista del siglo XIV, un metafísico del XIII como Aquino, más estrechamente unido al aristotelismo que pensadores como san Buenaventura, rechazaba ya la teoría de las ideas innatas. La formulación lockeana del principio empirista tiene una gran importancia histórica, pero no constituyó una novedad, en el sentido de que nadie antes que él hubiera mantenido tesis semejantes (30).

Sólo el interés por presentar una teoría del conocimiento aséptica, a partir de la cual «todo es nuevo», puede permitir olvidar sus múltiples vinculaciones con el pasado y el presente. Desde un punto de vista filosófico la obra de Locke entronca con el escolasticismo, a pesar de las críticas que se vierten en el *Ensayo* (III, 10) contra éste. La misma cita de Cicerón que aparece en la portada del *Ensayo* no deja de ser un reconocimiento hacia el autor que tanto habría de influirle en su crítica del materialismo. La influencia del escolasticismo medieval y el estoicismo ciceroniano se encuentra también presente en su teoría política a través de Hooker. La vinculación de Locke con las ideas filosóficas de su época se hace notar en la discusión con los pensadores de su momento: Filmer, Hobbes, Leibniz, etc.; pero lo importante es tener presente que la obra de Locke hunde sus raíces en su momento histórico, con lo que necesariamente se ha de admitir que los problemas que trata, aunque diera a los mismos respuestas más satisfactorias que el resto de sus contemporáneos, forman parte de las discusiones que centraban los debates intelectuales de la época.

Entre los principales problemas de los que se ocupa, tanto en su doctrina política como en su teoría del conocimiento, debemos

(29) [24], pág. 3.

(30) F. COPLESTON: *Historia de la Filosofía. Vol. 5: De Hobbes a Hume*. Barcelona, Ed. Ariel, 1979, pág. 80. La anterior cita pág. 138.

considerar que América ocupa un lugar central. La sensación que las Indias causaron en el pensamiento europeo no se limita a los primeros momentos del descubrimiento. De una u otra forma, los pensadores europeos se ocuparon de América desde los primeros contactos hasta nuestro siglo, proporcionando todo tipo de opiniones sobre la naturaleza de sus habitantes, riquezas y suelo (31). Las consecuencias intelectuales, económicas, políticas y sociales que América tuvo en los europeos no han sido negadas por nadie, aunque la tendencia de ver a los autores ocupados en abstractas teorías metafísicas haya dificultado frecuentemente una ordenada valoración de su pensamiento al respecto.

Por lo que respecta a Locke no puede negarse la importancia de su teoría gnoseológica y su contribución a la causa del liberalismo tolerante, pero tampoco debe olvidarse que ambas respondían a la situación concreta planteada por hechos novedosos, como el creciente conocimiento de normas y costumbres radicalmente opuestas a las europeas, la abundante literatura que divulgaba las noticias sobre otros pueblos, el interés por el pasado europeo, la confianza en el carácter alegórico del relato bíblico, que permitía una interpretación no literal de su contenido, los problemas religiosos provocados por el auge del protestantismo, la concepción ética del poder político, opuesta al absolutismo regio, etc. Sólo viendo a Locke como un hombre anclado en su época podemos llegar a apreciar su auténtica originalidad, no exenta de espíritu tradicional. El interés de Locke por los pueblos de América se inscribe en esta doble vertiente.

Por otra parte, los intereses de su país se encuentran presentes en la formulación de su teoría política, haciendo de Locke un autor europeo en la línea de todos aquellos que desde el descubrimiento colombino teorizaron sobre el Nuevo Mundo. Porque lo que hemos demostrado es que esta teoría se encontraba tan llena de prejuicios como cualquier otra de su época, y que la aproximación de Locke al nuevo continente se vinculaba a esa tradición que arranca de los siglos xv-xvi y que no hace otra cosa que intentar asimilar una realidad tan diferente de la europea. En este sentido, los conceptos creados por los intelectuales europeos se movilizan en busca de una integración en absoluto fácil de realizar; que además fueran teo-

(31) Véase J. H. ELLIOT: *El Viejo Mundo y el Nuevo (1492-1650)*. Madrid, Alianza Ed., 1984, para las primeras ideas europeas sobre América. A. GERBI: *La disputa del Nuevo Mundo. Historia de una polémica. 1750-1900*. México, F. C. E., 1960, para las disputas posteriores. Este último puede servir para ilustrar la poca atención que Locke ha merecido como teórico de América, pues sólo lo cita dos veces marginalmente, sin añadir nada sobre él.

rías cargadas de presupuestos inexactos no es un obstáculo para reconocer el esfuerzo que implicaban.

América, ciertamente, fue pensada con conceptos europeos y, con frecuencia, en beneficio de los europeos, mas lo que ahora nos interesa es destacar las aproximaciones y no los errores que pudieran llevar consigo éstas. En esta labor, la historia de la antropología tiene mucho que decir: el interés por otros pueblos, con el reconocimiento de las semejanzas y de las diferencias en sí implícito no puede tener su comienzo en una teoría del conocimiento como la de Locke, cuyo fundamento se encuentra precisamente en la conciencia pre-existente de los distintos modos de vida de los pueblos.

Así pues, ni en la aportación política ni en la teoría del conocimiento de Locke cabe aceptar una ruptura con el pensamiento anterior. Los intentos de Meek y de Harris no dejan de ser una imagen parcial del filósofo inglés: la de Meek a través de la simplificación incorrecta de sus afirmaciones sobre el estado de naturaleza y la propiedad, y la de Harris a través de una supuesta fundamentación gnoseológica de la antropología que no se ve confirmada por los hechos.